

facciones de su hermana si la noche no hubiese envuelto á las dos en su oscuro velo.

Serenóse Berta al oír este juramento, y suspirando blandamente como si su corazón se libertara de un enorme peso, respondió:

—¡Gracias, mil gracias! bajemos.

Mary supo hallar un pretexto para ir á su aposento, y encerróse en él para orar y llorar á sus anchas.

Los moradores del castillo aun no se habían levantado de la mesa, y cuando Berta atravesó el vestibulo para pasar al salón, oyó su ruidosa conversación; no entró en el comedor, fuese en derechura al salón, y vió en él al notario hablando con el barón Michel, á quien trataba de persuadir de que volviese á la Logerie: mas tan elocuente era el silencio del mancebo, que el señor de Lorient habló en balde durante media hora, hasta agotar todos sus argumentos. De seguro no se encontraba en menor embarazo el joven Michel, pues recibió con tanto gozo á Berta, que se dirigió presuroso á ella, deseando saber en qué había parado la escena de Berta y su hermana; pero no quedó poco sorprendido cuando Berta le tendió la mano apretándole la suya con efusión. La joven había interpretado de distinto modo el movimiento del barón, y su buen humor se había trocado en regocijo. Se alegró Michel tanto de este cambio, que recobró la palabra y dijo por último al señor Lorient:

—Contestad á mi madre, caballero, que el hombre de corazón encuentra en sus opiniones políticas verdaderos é imprescindibles deberes, y que sabré morir si es preciso para cumplirlos.

¡Pobre mozo! ¡Confundía el deber con el amor!

### XXXIV

#### LOS DUENDES DEL GENERAL

Las dos de la madrugada serían cuando el marqués de Souday invitó á sus huéspedes á pasar al salón, á lo cual accedieron con el buen humor y la afabilidad que producen

siempre una excelente comida, un amable anfitrión y un buen apetito satisfecho, mayormente habiendo animado los intervalos del banquete una alegre y animada conversación.

De seguro no tuvo el marqués otro intento al proponérsele que el de cambiar de atmósfera, pues al levantarse mandó á Rosina y á la cocinera que le siguiesen llevando algunas botellas de licores y los vasos necesarios, para acabar dignamente en el salón aquel improvisado festín. Salió pues del comedor talareando la canción de *Ricardo Corazón de León* y aparentando no oír al general que le contestaba con el estribillo de la *Marsellesa*, canto revolucionario que los nobles artesones del castillo de Souday oirían por vez primera; y después de llenar los vasos disponíase á empezar de nuevo una interesante discusión á propósito del tratado de Saunais, cuando el general le señaló el reloj, contestándole que sin duda quería adormecer á sus enemigos en las delicias de Cápua; mas tomando el marqués la chanza con exquisito tino y *domaire*, apresuróse á acceder á los deseos de sus huéspedes á quienes acompañó á sus respectivos aposentos retirándose después al suyo.

Animado y belicoso por demás estaba el buen marqués con la conversación que aquella noche había tenido, y su mente acalorada no soñó más que combates. Imaginóse que se encontraba en una descomunal batalla en cuya comparación eran las de Borfou, de Laval y Saumur juegos de chiquillos, y que en medio de una granizada de balas y metralla llevaba su división al asalto de un fortísimo reducto, cuando al clavar en él la bandera blanca con gran espanto y admiración de sus enemigos, de súbito le despertaron algunos golpes que con más fuerza que discreción daban en la puerta de su aposento. Tal era la embriaguez que le embargaba los sentidos, que aquel ruido le pareció al buen hidalgo el horrísono estampido del cañón; mas poco á poco fué disipándose la visión, abrió los ojos, y en lugar del campo de batalla lleno de destrozos y sembrado de cadáveres, encontróse acostado en su modesto lecho. En esto llamaron de nuevo á la puerta; frotóse los ojos, gritó «¡entrad,» y vió aparecer al general, á quien dijo con alegre acento:

—A buena hora llegáis; si hubieseis tardado dos minutos más, erais muerto.—¡Hombre!—Ni más ni menos: os hería de un mandoble.—¿Por supuesto que me quedaba el desquite? contestó el general tendiéndole la mano.—¡No fal-

taba más! pero mucho me engaño ó la sencillez de mi aposento os ha sorprendido: sed franco. Sin duda hay mucha diferencia entre este cuarto dismantelado, este piso sin alfombras, y los lujosos aposentos donde moran los grandes señores de la corte; mas considerad que he pasado una tercera parte de mi vida en el campo y otra en la indigencia, y que este pobre lecho me parece bastante lujoso para mi ancianidad. Pero veamos qué os trae tan de mañana? pues de seguro no hay más de una hora que ha amanecido.—Vengo á despedirme de vos, querido huésped.—¡Tan pronto! mirad lo que son las cosas: siento que os marchéis y sin embargo ayer estaba bastante mal prevenido contra vos.—¿De veras? pues ¿por qué me poníais tan buen semblante?—¿No habéis estado en Egipto? contestó riendo el marqués. ¿No habéis recibido jamás ningún balazo en un oasis verde y tranquilo?—Sí por cierto; allí es donde los árabes preparan sus más terribles emboscadas.—Pues me acuso de haber sido anoche algo árabe, y creed que lo hago sinceramente, pues siento un verdadero pesar de ver que nos abandonéis tan pronto.—¿Será porque aun no me habéis enseñado el paraje más misterioso de vuestro oasis?—Nó, sinó porque vuestra franqueza, y vuestra lealtad, y los peligros que juntos hemos corrido, bien que en opuestos campos, me han inspirado por vos, sin saber cómo y de repente, un sincero y profundo afecto.—¿A fe de caballero?—A fe de caballero y de soldado.—Pues franqueza por franqueza, os contestaré en los mismos términos. Yo esperaba encontrar en este castillo á un viejo emigrado lleno de mal humor, de góticas preocupaciones y de polvo.—Ya habéis visto que un viejo hidalgo puede estar polvoriento sin tener preocupaciones.—He visto un corazón franco y leal, un carácter amable, un humor jovial y unas maneras que no por eso son menos aristocráticas, lo cual ha acabado por captaros el aprecio de este regañón y curtido veterano.—Mucho me huelgo de ello, general. Voy á hablaros sin doblez; ¿queréis quedaros hoy aquí?—Es imposible.—Palabras son esas que no admiten réplica; pero prometedme al menos que volveréis cuando se hagan las paces si los dos estamos aún en este mundo.—¿Cómo las paces! ¿Estamos pues en guerra? preguntó riendo el general.—Estamos entre la paz y la guerra.—Ya, en el justo medio.—¿Citémonos entonces para después del justo medio?—Bueno, os doy mi palabra.—Yo acepto.—Vamos claros, dijo

el general tomando una silla y sentándose á los piés de la cama.—Corriente; pase por una vez.—Si no me engaño, sois aficionado á la caza.—Sobre toda ponderación.—¿A cuál?—A todas.—Ya, pero ¿cuál preferís?—La del jabalí, porque me recuerda la caza de los azules.—Gracias.—No hay de qué: los azules y los jabalíes se parecen en el golpe de gracia.—¿Y qué me decís de la caza del zorro?—¡Psé! contestó el marqués avanzando desdeñosamente el labio inferior como un príncipe de la casa de Austria.—Pues os juro que es una hermosa caza.—Esa la dejo yo para Juan Oullier, que tiene un instinto maravilloso y una paciencia sin igual para esperarlos al acecho.—Y... decid, marqués: ¿ese Juan Oullier no acecha más que zorros?—Sí, por cierto, creo que se dedica á todas las cazas habidas y por haber.—¿Creeríais, marqués, que se me ha antojado tomar afición á la caza del zorro?—¿Por qué?—Porque no hay ningún país tan idóneo para ello como Inglaterra, y barrunto que los aires de aquel país os convendrían muchísimo tanto á vos como á vuestras hijas.—¿De veras? contestó el marqués sentándose en el lecho.—Y muy de veras.—¿Es decir que me aconsejáis buenamente que emigre por segunda vez? Gracias.—Si emigración llamáis á un viajecito de recreo, convengo en ello.—Ya conozco yo esa clase de viajes, querido general, y en verdad os digo que preferiría dar la vuelta al mundo, pues por lo menos sabría el punto de partida y el día del regreso. Además tengo que deciros una cosa....—¿Y es?—Que como habréis observado ayer y esta mañana, tengo á pesar de mi edad un razonable apetito, y os aseguro que jamás he sufrido la menor indigestión.—¿Qué queréis decir con eso?—Que esa maldita niebla inglesa siempre se me ha indigestado.—Entonces id á Suiza, á España, á Italia ó adónde se os antoje; pero salid de Souday, de Machecul, en una palabra, de la Vendée.—¡Hola, hola! ¿Con que según eso estamos comprometidos?—Si no lo estáis todavía lo estaréis dentro de poco.—¡Acabáramos con ello! exclamó el viejo hidalgo sumamente gozoso imaginando que la iniciativa del gobierno decidiría por último á sus correligionarios á tomar las armas.—Nada de bromas, contestó seriamente el general; si sólo escuchase la voz de mi deber, tendríais dos centinelas á la puerta y un oficial sentado en la silla que yo ocupo.—¿Cómo! exclamó el marqués algo formalizado.—Ni más ni menos; mas comprendo que á vuestra edad y acostumbrado como estáis á la vida

activa y al aire del campo, sufriríais mucho en el estrecho recinto de la cárcel que los señores golillas os darían por morada.—¿Y no creéis que esta indulgencia pueda comprometeros?—No me faltarán excusas. Un anciano gastado y casi impedido, no puede ser muy peligroso.—¡Gastado, casi impedido! exclamó el marqués sacando de la cama sus huesosas piernas; no sé cómo no he descolgado ya una de esas espadas, y no os propongo jugar el desayuno á la primera estocada, como lo hacíamos cuarenta y cinco años atrás, cuando yo era paje.—Dejáos de tonterías, pues si me probáis que me he equivocado, me pondréis en la dura precisión de llamar á los soldados.

Al decir esto se puso en pié el general, y el marqués contestó inmediatamente:

—¡Nó, cáspita, nó! soy gastado, impedido, no á medias, sino del todo; soy todo lo que queráis que sea.—Enhorabuena.—Veamos, ¿cómo y por quién estoy comprometido?—Por vuestro criado Juan Oullier.—¡Cómo!—El cazador de zorros.—Estoy.—Vuestro criado Juan Oullier, y por cierto que no os lo conté anoche creyendo que lo sabríais como yo, se ha puesto á la cabeza de una gavilla de facciosos, tratando de detener á la columna que venía al castillo, y en diversos encuentros nos ha hecho perder tres hombres, sin contar el que yo mismo he muerto, y que según presumo es de estos alrededores.—¿Cómo se llamaba?—Francisco Tinguy.—¡No levantéis tanto la voz, general! su hermana está aquí; es la muchacha que nos ha servido en la mesa, y hace muy poco tiempo que han enterrado á su padre.—¡Ah! ¡cargue el infierno con la guerra civil! Yo había cogido á ese Juan Oullier, y ha logrado escaparse.—Confesad que ha obrado como debía.—Si, pero procuré no caer otra vez en mis manos.—Perded cuidado, ahora os respondo de él.—Mejor, pues con él no sería tan indulgente; no me ha hablado de la gran guerra como vos.—Sin embargo, la hizo conmigo, y con singular bizarría, os lo aseguro.—Razón más, por reincidente.—En verdad, general, no veo qué relación puede haber entre mi conducta y la de mi guarda.—Ayer me hablasteis de los duendes que os contaron cuánto hice de las siete á las diez de la noche, y yo os digo á mi vez que también tengo duendes y tan buenos como los vuestros.—Lo dudo.—Sin embargo, me han contado cuánto se hizo en vuestro castillo en el día de ayer.—Veamos, contestó con incredulidad el

marqués, os escucho.—Anteayer recibisteis en el castillo á dos personas.—Veo que dais más de lo que prometéis; habíais ofrecido relatarme lo que ayer aconteció, y empezáis por anteayer.—Esas dos personas eran un hombre y una mujer.

Aquí hizo el marqués un gesto negativo.

—Bueno; supongamos que fuesen dos hombres, bien que uno de ellos sólo tenía de tal el traje.

Calló el marqués, y añadió el general:

—Uno de esos personajes, esto es, el más bajo, pasó todo el día en el castillo; el otro recorrió estos alrededores citando para la noche á varios hidalgos, cuyos nombres podría citaros, como por ejemplo os cito el del marqués de Bonneville.

El marqués no desplegó los labios pues habría sido preciso cantar de plano ó mentir; pero haciendo un esfuerzo contestó:

—¿Qué más?—Esos hidalgos han acudido todos, y han tratado diversas cuestiones, que no se encaminaban por cierto á la prolongación ni á la prosperidad del gobierno de julio.—Hasta aquí no veo delito alguno.—No hay ningún delito en recibir á esos vecinos; mas sí en que tengan un conciliábulo para tratar de un alzamiento.—¿Qué pruebas hay de ello?—La presencia de los dos forasteros, uno de los cuales, el más bajito, el rubio ó la rubia, que llevaba una peluca negra, era nada menos que la princesa María Carolina, á quien vos llamáis regente del reino, ó sea S. A. R. la duquesa de Berry, como soléis llamarla cuando no la designáis con el nombre de Petit-Pierre.

Esas palabras del general fueron un rayo de luz para el marqués, quien no cabía en sí de gozo á la idea de haber recibido en su castillo á la duquesa de Berry; mas como en este mundo no hay alegría completa, hubo de reprimir su júbilo preguntando:

—¿Qué más?—A lo mejor de vuestra conversación se os presentó un mancebo á quien nadie hubiera creído de los vuestros, dándoos aviso de que venía tropa al castillo; y entonces, no lo neguéis, señor marqués, porque estoy seguro de ello; entonces vos opinasteis por la resistencia, y adoptándose luego el parecer contrario, vuestra hija la morenita....—Berta.—La señorita Berta tomó una luz y salió seguida de todos menos vos, señor marqués, que sin duda tuvisteis por conveniente pensar en nosotros antes de nues-

tra llegada. Vuestra hija atravesó el patio, entró en la capilla, y tocando un resorte oculto en el altar y en la pata izquierda de un cordero, trató de abrir una puerta falsa, y no pudiendo lograrlo, cogió la campanilla del altar y apretó con ella el resorte, con lo cual se abrió la trampa, descubriendo una escalera que conduce á un subterráneo. Entonces la señorita Berta tomó dos cirios, encendiólos, y entregándolos á dos de los que la acompañaban, hizoles bajar la escalera á todos, cerró la puerta, y volvió acompañada de otra persona que se dirigió al parque. Hablemos ahora de los fugitivos. Al llegar estos al extremo del subterráneo que da á las ruinas del vetusto castillo que desde aquí se divisa, costóles algún trabajo abrirse paso por entre las piedras: uno de ellos cayó, y bajando por último al caminillo hondo que rodea la cerca del parque, tuvieron una corta conferencia. Luego tres de ellos tomaron el camino de Nantes á Machecul, otros dos el atajo que conduce á Legé, y los dos últimos....—¡Diantre! ¿Sabéis que me estáis refiriendo un cuento azul?—Y vos me interrumpís en lo más interesante de la narración; el sexto se cargó á cuestras al séptimo, y así anduvieron hasta un arroyuelo que desagua en el arroyo que corre al pié del *sendero de las Cabras*; y os aseguro que ese fugitivo es el que tengo más deseos de alcanzar.—Os repito, general, que todo eso sólo ha pasado en vuestra imaginación.—Dejáos de cuentos, mi antiguo enemigo: ¿no sois capitán de lobería?—Sí.—Corriente. Cuando veis impresas en la tierra las huellas de un jabato, ¿os dejaríais convencer de que aquellas señales sólo han existido en vuestra imaginación? Todo eso lo he visto, marqués, ó mejor, lo he leído.—¡Poder de Dios! exclamó el marqués incorporándose para oír mejor; holgaríame de saber de qué manera.—Voy á explicárosllo, pues aun nos queda media hora; mandad que nos suban un pastel y una botella de vino, y os lo contaré mientras nos desayunemos.—Bueno, pero con una condición.—¿Cuál?—Que vamos á hacerlo juntos.—¿Tan temprano?—El buen apetito no conoce horas.

El marqués saltó de la cama, púsose apresuradamente los pantalones, tocó la campanilla, mandó poner la mesa, y sentóse con aire interrogador ante el general, quien al verse en la precisión de probar lo que acababa de decir, empezó su narración en estos términos:

## XXXV

EN DONDE SE VE QUE LAS TELARAÑAS NO SON SOLAMENTE  
FATALES Á LAS MOSCAS

—Ante todo, querido marqués, dijo el general á manera de exordio, conste que no solicito me reveléis ningún secreto, pues tan convencido estoy y tan seguro de que han pasado las cosas como las voy á contar, que ni siquiera os preguntaré si yerro ó nó. Mi única pretensión es probaros, porque así lo exige mi amor propio, que tenemos en nuestro campo tan buenas confidencias como en el de los sediciosos.—Adelante, adelante, contestó el marqués con impaciencia y como solía contestar á Juan Oullier cuando le anunciaba haber levantado un lobo.—Ante todo procedamos con orden. Yo sabía que anteanoche había entrado en vuestro castillo el conde de Bonneville acompañado de un aldeanillo que tenía todas las trazas de una mujer disfrazada, que sospechamos nosotros ser la princesa. Al llegar aquí, os confieso que á pesar de vuesta ladina galantería, reparé dos cosas bastante singulares.—¿Cuáles?—La primera, que de los diez cubiertos que en la mesa había, los cinco tenían la servilleta arrollada, claro indicio de pertenecer á los huéspedes habituales del castillo, cosa que no dejaría de considerarse como una circunstancia atenuante si se formase causa sobre este negocio.—¿Por qué?—Porque si hubieseis sabido los verdaderos nombres de vuestros huéspedes, no habríais permitido que ellos mismos doblasen sus servilletas, pues los armarios del castillo de Souday no están tan faltos de ropa blanca para que la señora duquesa de Berry no pueda tener servilleta limpia á cada comida; por manera que casi estoy por creer que la supuesta rubia disfrazada con peluca negra, era un mancebo trigueño.—Seguid, seguid, replicó el marqués mordiendo los labios despechado al ver la perspicacia y al oír el sarcasmo del general.—Luego, aquellas cinco servi-

lletas dobladas me probaron que la comida no se había preparado para nosotros como tratasteis de hacernos creer, sinó que nos regalabais con el festín preparado para el señor de Bonneville y su compañero, que á la cuenta no creyeron oportuno compartirlo con nosotros.—¿Y la segunda observación?—La segunda consiste en que la señorita Berta, á quien tengo por una joven muy fina y aseada, cuando tuve el honor de serle presentado, llevaba encima una porción de telarañas, cosa que me extrañó tanto más, cuanto que hasta las llevaba en su hermosa cabellera.—¿Y qué dedujisteis de eso?—Que como no podía haber adoptado por coquetería un peinado tan singular, forzosamente tenía que haberlo motivado una causa muy extraña, y lleno de curiosidad he recorrido esta mañana todo el castillo hasta dar con el sitio donde más abundaban los tejidos de tan laborioso insecto.—¿Y lo habéis encontrado?—Sí á fe, y por cierto que no honra sobremanera lo que he observado á vuestros sentimientos religiosos, pues he visto en la puerta de vuestra capilla muchas arañas que con laudable laboriosidad estaban reparando el destrozo de la noche pasada, sin duda confiadas en que no volvería á suceder.—Convenid, general, en que esos indicios son bastante vagos.—Corriente; pero vago es también el husmear de vuestro sabueso, y sin embargo no dejáis de seguir sus huellas.—Es verdad.—Y tanto que algunas he descubierto yo en vuestros senderos, donde entre paréntesis no sobra la arena.—¿Y dónde no hay huellas?—No las hay en todas partes en número igual al de los actores del drama misterioso que yo estaba presenciando, y por añadidura, huellas de gente que corre precipitadamente.—¿En qué habéis conocido que corrían?—En que pisaban más con la punta que con el talón, y la tierra era rechazada en dirección inversa á la que seguían los pies. ¿Qué os parece, señor lobero?—Magnífico, contestó el marqués con aire de inteligencia.—Luego he examinado las pisadas una por una: las había de hombre y de diversas formas, como botas, borceguíes, zapatos claveteados, y entre todos, un pié femenino diminuto y delicado, capaz de matar de envidia á todas las andaluzas desde Córdoba hasta Cádiz, á pesar del zapato con clavos que le contenía.—Adelante, adelante.—¿Por qué?—Porque si os detenéis un poco más en esa descripción, vais á enamoraros del tal zapato.—Mucho me holgara de tenerlo en mi poder; pero á su tiempo maduran las brevas. Las huellas de

lodo habían manchado los escalones y las baldosas de la capilla, y además encontré junto al altar y al rededor de un pié primorosísimo que juraría ser el de la señorita Berta, innumerables gotas de cera. Como precisamente en la parte exterior de la puerta había también otras manchas iguales y en dirección vertical á la cerradura, deduje que vuestra hija llevaba la luz, y al inclinarse para abrir la puerta con la mano izquierda, había derramado aquellas gotas de cera en el suelo. Por otra parte, el destrozo causado en las telarañas, y sus restos que en el peinado llevaba, acabaron de probarme que ella fué en efecto quien franqueó el paso á los fugitivos.—Seguid.—Lo demás poco vale: sólo he notado que estos pasos se detenían ante el altar, que el cordero pasqual tenía una pata rota dejando descubierto un botoncito de acero que me indicó un resorte, mas al querer abrirlo, he tenido que luchar gran rato, como la señorita Berta, que por más señas se ha lastimado los dedos, manchando de sangre la madera. Como ella también, he buscado un cuerpo duro para lograr mi intento, é imitándola en esto como en todo, he cogido la campanilla del altar, que además de la señal de haber servido la víspera para lo mismo, tenía otra mancha de sangre.—¡Bravo! exclamó el marqués cuyo interés aumentaba á medida que iba prolongándose la narración de su interlocutor.—Excuso deciros, añadió el general, que entonces he bajado al subterráneo, donde los pies de los fugitivos estaban claramente impresos en la arena, y al salir de allí atravesando las ruínas, he notado que uno de ellos había caído, pues ví una gran mata de ortigas rota y magullada, como si la hubiesen magullado y roto con la mano, cosa que no se habrá hecho por gusto, atendida la índole nada suave de semejante vegetal. En un ángulo de las ruínas y frente á una puerta, había algunas piedras apartadas del lugar que ocupaban, y en otra mata de ortigas pegada á la pared los dos cirios que se habían quitado del altar; por último, he vuelto á encontrar las huellas en el camino, y entonces las he clasificado del modo que acabo de designaros.—Eso no puede acabar así.—¿Por qué?—¿Quién os ha dicho que uno de los viajeros llevaba á otro en hombros?—Por lo visto, marqués, os habéis empeñado en dar sobrada importancia á mi perspicacia. El famoso piecetto del zapato claveteado, aquel brevísimo pié que tanto me desazona, había vuelto á aparecer en el subterráneo, luego en el camino

hondo que pasa junto á las ruínas en el paraje donde se han detenido para deliberar, cosa que se nota con lo removido que está el suelo, apareciendo de nuevo en dirección al arroyuelo, y desapareciendo de repente junto á una peña, que la lluvia debería haber lavado, y que por el contrario está manchada de lodo. Desde que he adquirido este último dato, he pensado que como no existen ya hipógrifos, no podía explicarse de otro modo semejante desaparición que como os lo acabo de referir. Además, las huellas del señor de Bonneville son desde aquel paraje mucho más profundas.—Os habéis olvidado una cosa.—No lo creo.—¿Cómo habéis sabido que el señor de Bonneville corrió todo el día para citar á los vecinos?—Vos mismo me dijisteis que no habíais salido de casa en todo el día.—¿Y qué?—Al ir á cerciorarme de si habían dado el pienso á mi Bucéfalo, he visto cubierto de lodo vuestro caballo, vuestro caballo favorito, según me ha dicho la guapa muchacha que ha cogido del diestro al mío; y por cierto que no habríais confiado vuestro caballo á un hombre que no os mereciese la mayor consideración.—Permitid que os haga otra pregunta.—Decid.—¿En qué os apoyáis al suponer que el compañero del señor de Bonneville sea la augusta persona que no há mucho habéis designado?—Primero, en que siempre se le hace pasar antes que á los demás, y luego en que se apartan las piedras para que pase.—¿Y conocéis en las huellas si una persona es morena ó rubia?—No; pero lo conozco en otra cosa.—¿En qué? será mi última pregunta, y si contestáis á ella....—¿Qué?...—Nada, continuad.—Ya sabréis, querido marqués, que me habéis dispensado la honra de darme el mismo aposento que ayer ocupaba el compañero del señor de Bonneville.—No lo sabía; proseguid.—Honra á la cual os estoy sumamente reconocido. Mirad, ahí tenéis un hermoso peine de concha que he encontrado á los piés de la cama. Confesad, querido marqués, que es muy precioso para pertenecer á un aldeano, y además tenía y tiene aún algunos cabellos de un rubio oscuro que en nada se parece al rubio dorado de vuestra segunda hija, la única rubia del castillo.—¡General! exclamó el marqués tirando el tenedor y levantándose de un salto; hacedme prender una y cien veces si queréis; pero os doy palabra de honor de que no iré á Inglaterra.—¡Hola, hola! ¿Qué mosca os ha picado?—Habéis aguijoneado mi emulación; y terminada la campaña, cuando vengáis otra vez al

castillo de Souday, como me lo habéis prometido, nada podré contaros que valga lo que vuestra interesante narración.—Oid, mi bueno y antiguo enemigo, contestó el general, os he dado palabra de no prenderos esta vez, y la cumpliré por más que hagáis; pero os aconsejo en nombre de vuestras encantadoras hijas, que no obréis á la ligera, y que si no queréis salir de Francia, permanezcáis quieto en vuestro castillo.—¿Por qué?—Porque esos recuerdos de los tiempos heroicos que tanto os entusiasman, de recuerdos no pasan; porque esas nobles y grandes acciones que pensáis ver renacer, no las encontraréis en ninguna parte; porque las épocas de los grandes mandobles, de las santas abnegaciones y de las muertes sublimes han pasado para no volver. Fiad en mi palabra, también yo he conocido á aquella formidable Vendée por tanto tiempo no domada; con ella peleé gloriosamente en otro tiempo, y al volver la he buscado en vano. Creedme, marqués, son pocos los jóvenes que se atreverán á arrostrar los peligros de una lucha exterminadora, y no muchos los ancianos que tengan por un deber en 1832 lo que tal creyeron en 1793: será una lucha desigual, y por lo tanto insensata.—Esta insensatez la hará más gloriosa, exclamó el marqués olvidando en su exaltación la posición política de su interlocutor.—No, no será gloriosa, todo lo que va á suceder será pálido, mezquino, innoble en uno y otro bando; no veréis más que pequenezes y traiciones en nuestro partido, y en el vuestro miserias y egoístas transacciones, que os matarán á desengaños después de haberos respetado las balas de los azules.—Vos veis las cosas como partidario del gobierno, y no consideráis que tenemos amigos hasta en vuestras filas, y que á una voz que demos, se levantará el país en masa.

A estas palabras el general se encogió de hombros y contestó:

—En nuestros tiempos, mi buen camarada, todos los azules eran azules, y blancos todos los blancos: vosotros no teníais amigos en vuestras filas, ni nosotros en las vuestras, y por eso éramos igualmente fuertes, grandes y terribles. Decís que os bastará una voz para levantar la Vendée, ¿no es eso? pues yo sostengo que os equivocáis: la Vendée se dejó acuchillar en 1795 confiando en la palabra de un príncipe, y la Vendée está desengañada, porque el príncipe faltó á ella cobardemente. Los aldeanos han perdido la fe política

que levanta montañas humanas, haciéndolas chocar hasta anegarse en mares de sangre; han perdido la fe religiosa que engendra y perpetúa los mártires, del mismo modo que nosotros no podemos ya poseer el ardiente entusiasmo que sentimos un día por la libertad, por el progreso y por la gloria, que conmueven y empujan las viejas sociedades y producen los héroes. La guerra civil que nos amenaza, si llega á estallar, será una triste parodia, que dará la victoria á los ejércitos más poderosos y á los tálamos más repletos: pensadlo bien antes de decidiros.—Vos sois quien se equivoca, general; no nos faltarán soldados, nó, y además tendremos un caudillo cuyo sexo inflamará á los más pusilánimes acallando todas las ambiciones.—¡Pobre mujer! dijo el general con acento compasivo é inclinando sobre su pecho el atezado rostro. Dentro de un rato seré su más encarnizado enemigo; pero mientras estoy en este aposento, en terreno neutral todavía, dejad que admire su resolución, su arrojo y perseverancia, en una época que no es para las figuras de su talla. Han pasado ya los tiempos en que Juana de Montfort con sólo golpear el suelo con el pié hacía brotar millares de combatientes. Tened presentes estas palabras para repetírselas en ocasión oportuna: su noble y valeroso corazón no recibirá en premio de su energía y de la sublime elevación de sus sentimientos de madre y princesa, sinó indiferencia, ingratitud y perfidia. Y ahora, marqués, por última vez.....—Por última vez os repito lo que os dije al principiar nuestro diálogo.—Repetido.—No voy á Inglaterra.—Vamos, continuó el general mirando fijamente al marqués y poniéndole la mano en el hombro; aunque vendeano sois altivo como un gascón; ya sé que vuestras rentas son reducidas..... ¡No hay porqué fruncir el entrecejo! dejadme acabar; ya podéis figuraros que nada os ofreceré que yo no aceptase en vuestro lugar. Digo, que vuestras rentas son reducidas, y que en este maldito país nó basta tenerlas, sinó cobrarlas. Si os falta dinero para pasar el canal, no soy rico, pues nó tengo más que mi sueldo, pero he logrado poner junto al corazón y á la espada algunos centenares de luíses; eso viniendo de un camarada, puede muy bien aceptarse; ¿los queréis? Cuando llegue la paz, como vos decís, me los devolvéis.—Basta, basta, contestó el marqués, sólo me conocéis desde ayer, y me tratáis como si fuésemos amigos de hace veinte años.

El viejo vendeano se rascó la oreja, y dijo como hablando consigo:

—¿Cómo podré pagaros semejante solicitud?—¿Es decir que aceptáis?—Nó, nó; rehusó.—¿Pero partís?—Me quedo.—Entonces quedad con Dios, y él os tenga de su mano, contestó el general impaciente; ¡voto al infierno! si la casualidad nos coloca frente á frente, como hace treinta y seis años en Laval, os juro que os buscaré.—¡Pues y yo! Os prometo que os llamaré á grito herido; mucho me alegrara de enseñar á esos barbilampiños lo que eran los hombres de la gran guerra.—¡Ea! el clarín me llama; gracias por vuestra hospitalidad.—Hasta más ver, general, y gracias por la amistad que acabáis de demostrarme y de la cual espero probaros que participo.

Estrecháronse la mano los ancianos, saliendo el general de la estancia.

Vistióse el marqués, y desde la ventana vió desfilarse la columna que se encaminaba al bosque. A corta distancia mandó el general flanco derecho, detuvo el caballo, dirigió por última vez la vista á la morada de su nuevo amigo, hizo con la mano una señal de despedida, y desapareció. Después de un rato de seguir con los ojos á la partida que acababa de ocultarse en la espesura, retirábase el marqués de la ventana, cuando oyó que rascaban suavemente á una puertecilla de la alcoba que comunicaba con la escalera.

—¿Quién diablos será? preguntóse, y al abrirla apareció Juan Oullier. ¡Cómo! ¿eres tú? hoy empieza el día con favorables auspicios.

Así diciendo tendió las manos al viejo Juan, quien se las apretó con indecible expresión de respeto y reconocimiento; luego metió una en el bolsillo, y entregó á su amo una hoja de papel ordinario doblado á manera de carta. Tomólo el marqués y á medida que iba leyendo mostraba su semblante un gozo indecible.

—Juan Oullier, dijo en seguida, llama á las niñas, reúne á todo el mundo; mas nó, mejor será que á nadie llames, limpia la espada, las pistolas, la carabina, todas mis armas, y da un buen pienso á Tristán: va á empezar la campaña, querido Oullier, va á empezar en seguida. ¡Berta! ¡Mary! ¡Berta!—Señor marqués, contestó friamente Juan Oullier, ya la empecé ayer á las tres.

Al oír aquellos gritos acudieron presurosas las dos herma-

nas, Mary con los ojos inflamados y Berta radiante de alegría.

—Señoritas, dijo el marqués, venid, leed.  
Berta tomó la carta y leyó lo que sigue:

«Señor marqués de Souday.

»Conviene á la causa de Enrique V que anticipéis algunos días el alzamiento; reunid cuantos hombres resueltos podáis de vuestra división, y aprestaos á obrar cuanto antes.

»Me parece que dos amazonas no estarian de más en el ejército para estimular el amor propio de nuestros amigos, y de consiguiente, señor marqués, os suplico tengáis á bien darme vuestras dos bellascazadoras por ayudantes de campo.

»Recibid, etc.

»PETIT-PIERRE.»

—¿Es decir que partimos? preguntó Berta.—¡Pues no, contestó el marqués.—Entonces, papá, permitidme que os presente un recluta.—Con mucho gusto.

Mary permaneció muda é inmóvil como una estatua; Berta salió y al momento volvió á entrar llevando de la mano á Michel.

—El señor barón Michel de la Logerie, dijo la joven acentuando este título, desea probaros que S. M. el rey Luis XVIII no se equivocó al conferirle la nobleza.

El marqués frunció las cejas al oír aquel nombre, mas luego procuró poner buen semblante y dijo:

—Observaré con interés los esfuerzos que el señor Michel haga para conseguirlo.

Y pronunció esta lacónica contestación en el mismo tono que habría empleado Napoleón la víspera de la batalla de Marengo ó de Austerlitz.

## XXXVI

DONDE EL PIÉ MÁS BREVE DE FRANCIA Y NAVARRA DEPLORA

NO LLEVAR CALZADO DE AGUADOR

Con permiso del lector retrocederemos algunas horas para seguir en su fuga al conde de Bonneville y á Petit-Pierre, que, como hemos visto, no son los personajes menos importantes de esta historia.

Justísimas eran las suposiciones del general, pues al salir del subterráneo los nobles vendeanos deliberaron en la hondonada acerca del camino que convenía tomar; Gaspar opinaba que debían andar juntos, no habiéndosele ocultado la emoción de Bonneville cuando Michel anunció la llegada de la columna, ni el importantísimo sentido de aquellas palabras del conde: «Ante todo salvemos á Petit-Pierre;» de suerte que desde entonces no cesó un punto de examinar el rostro del aldeanillo á la luz de los cirios, portándose con él de un modo reservado al par que altamente respetuoso, y tomando con calor la palabra en la deliberación.

—Habéis dicho, caballero, observó dirigiéndose al de Bonneville, que importa sobremanera á la causa que defendemos la salvación de la persona que os acompaña. Por lo tanto, me parece muy natural que le sirvamos de escolta, á fin de que si se presenta un peligro, lo cual es muy fácil, podamos protegerle con más eficacia.—Cierto, contestó el conde de Bonneville; mas ahora no se trata de pelear sinó de huir, y creo que la fuga será tanto más fácil cuanto menor sea el número de fugitivos.—Considerad, conde, dijo Gaspar frunciendo el entrecejo, que para una cabeza de veinte y dos años es mucho cargar con la responsabilidad de un depósito tan precioso.—Considero, contestó el conde con altivez, que mi adhesión es el único juez competente en esta materia, y que trataré de hacerme digno de la confianza con que se me ha honrado.

Petit-Pierre permanecía callado en medio del grupo, y